La obra del Dr. Castillo de Lucas: refranero y medicina

AURORA CONDE MUÑOZ
Universidad Complutense de Madrid

Al tener la primera noticia de la organización de este *Congreso*, a pesar de no poder sin duda alguna considerarme una experta en Paremiología, decidí inmediatamente proponer mi participación, y transformarla, al menos íntimamente, en un pequeño, y doble homenaje; ante todo como recuerdo de Pedro Peira, que fue el primero en acercarme, siendo yo todavía alumna, a la paremiología, y a través de un curso que como él fue divertido, estimulante y lleno de saber.

El otro homenaje, más personal, es al abuelo de mi marido, el Dr. Castillo de Lucas de quien durante muchos años he oído hablar con el amor y la nostalgia de su familia, y el cariño y admiración de sus amigos, sentimientos que sólo he podido hacer míos de esta forma indirecta. A ellos, y en parte gracias a este congreso, se añade mi respeto profesional, y mi interés científico, fruto de una aproximación más profunda y técnica a su obra, que me ha abierto a un inmenso y asombroso trabajo. Mi deseo sería que él hubiera podido guiar este breve trabajo con su voz, y no sólo con sus palabras, como sin duda ha hecho. Al no ser así, estoy en cambio segura de que sus libros reemplazan su presencia, y la perpetúan con esa voz muda, a través de la cual los lectores y discípulos seguimos conviviendo con nuestros maestros.

Cuando he hablado de un inmenso y asombroso trabajo, no he usado alocadamente los términos. Lo primero que hay que destacar en efecto de la obra del Dr. Castillo es el hecho de que su *corpus* total es prácticamente inabarcable. Más de 920 entre artículos y libros componen una bibliografía cuya custodia y ordenación (hoy a cargo de su familia), reclama una reedición y revisión crítica especializada. Una labor en este sentido representaría la recuperación de textos esenciales en la historia del folclore español; la brevísima bibliografía que esta comunicación presenta, quiere ser una indicación del interés y utilidad científicos que supondría rescatar y reeditar la obra, cuya sola mención bibliográfica supondría un trabajo mucho más amplio que éste.

El título de mi comunicación recoge el aspecto más peculiar, y más tratado por el Dr. Castillo, el de la relación entre paremiología y medicina; sin embargo, las consideraciones globales sobre su obra han guiado toda mi lectura, y por ello no puedo no señalar al menos las más importantes, todas rastreables también en los estudios de folclore médico.

La más evidente es la extensión del dato refranerístico puro, a temas que lo trascienden, e integran reflexiones y noticias de carácter etnológico, folclórico, histórico, lingüístico. Al uso de los antiguos, y eruditos maestros, el autor contextualiza totalmente el dato que ofrece, y reconstruye los fenómenos de su origen, fijación, recepción y los motivos de su re-uso según las ideas de Lausberg, en la diacronía. Así pues, el Dr. Castillo no ofrece sólo un *corpus* masivo de los refranes de la tradición española (y no sólo) sino una reconstrucción antropólogica profunda de los hechos que los determinan. Así su obra traza un mapa paremiológico de la cultura popular española, respetando y ofreciendo las variantes regionales significativas (sobre todo la valenciana, gallega y extremeña). Ello, sin buscar la reconstrucción de la tradición autóctona como la nueva realidad autonómica parece imponer hoy a los estudios, resalta en cambio la multiplicidad y variedad etnológica dentro de ciertas fundamentales coincidencias y repeticiones. Como señala Pedro Laín Entralgo, en el

Prólogo a una obra del autor, «En lo sucesivo nadie podrá decir que conoce suficientemente esta antigua, subyugante y compleja cosa que llamamos España, sin haber leído con atención el tratado de Castillo de Lucas» (Castillo de Lucas, 1958: IX).

Otro aspecto importante y general en la obra, es la confianza que el autor repone en el valor empírico del refrán. Tanto por lo que respecta al área de la medicina, como a otras más amplias, las paremias son tratadas por el Dr. Castillo como necesariamente surgidas de una experiencia, real o fantástica, de tipo colectivo, cuya autoridad deriva de su implantación en el imaginario de los pueblos por su utilidad, también real o imaginaria, frente a lo habitual, cotidiano, «vivido», incluyendo en esto los miedos más ancestrales. Frente a estos hechos, las paremias representan una explicación, o un recurso, o un juicio (o prejuicio) que la experiencia colectiva asume como útil; así su función es la de interpretar y usar el saber que ha precedido la experiencia individual,marcando lo que hoy llamaríamos la memoria genética: «Son los refranes en su mayoría fórmulas prácticas que la experiencia ha comprobado mil veces...» (Castillo de Lucas, 1940: 149). Al autor, ni como médico ni como investigador se le escapa la discutibilidad de las afirmaciones del saber popular; así aunque señala siempre cuándo un aforismo recoge una verdad científica (Castillo de Lucas, 1940), apunta también, y eso es lo importante, que lo hace sin haber desarrollado ni un método, ni un camino científico para poderlo afirmar. Por eso muchos no responden a ninguna realidad, y muchos tienen su perfecto contrario, igual de valido para el uso antropológico, porque desde esa perspectiva, no pretenden investigar ni conocer lo real, sino hacerlo manipulable, aunque sea a través de un acto colectivo de fe: «Los refranes, evangelios chicos, así llamados por las verdades concisas que contienen, recorren libremente el mundo» (Castillo de Lucas, 1940: 149). Sin embargo en mi opinión, el aspecto general más importante de la obra de Dr. Castillo es su firme defensa de la necesaria inclusión de la paremiología en el ámbito de la antropología cultural, así como su también necesaria consideración como ciencia. Ya en 1940, en el resumen a su *Refranerillo de la Alimentación*, afirma: «La paremiología, rama importantísima del folclore, en la actualidad tiende a separarse de la amena literatura, para contarse entre las ciencias sociales y de aplicación». En 1958, año en que se publicó su obra más conocida e importante *Folkmedicina*, su discurso se había estructurado más, y ofrece ya una enérgica y metódica justificación y ordenación del sentido paremiológico. «Todo folklore, es hoy una ciencia porque comprende sus tres aspectos esenciales: observación [...], interpretación [...] y experimentación [...] Por afectar pues el folklore a la integridad de todas las necesidades, apetencias, usos y labores de la vida humana, estamos muy conformes con el parecer de las escuelas modernas que incluyen el folklore en la antropología cultural [...]» (Castillo de Lucas, 1958: 6).

En el primer capítulo de este mismo libro, Castillo de Lucas afronta el concepto mismo de folclore (es muy divertida por cierto su observación sobre la difícil penetración del término en lengua española, y las variantes que de él se han ofrecido). En los primeros capítulos reordena los conceptos de etnografía y etnología, mencionando las definiciones de Luis de Hoyos, Jorge Díaz, Herixom Sigur, y por fin propone un esquema de derivaciones en el que la antropología cultural, dividida en dos grandes troncos individual y social, engloba bajo el concepto de cultura popular las tres ramas mencionadas (etnología, etnografía y folclore). En este último, también estudiado y desglosado en todas sus vertientes, se incluye toda la paremiología en sus diversas realizaciones, como literatura popular, mitología popular, artes populares, ludología, ergología, vida individual y social. Cada una de ellas recoge todas las manifestaciones y repertorios de textos culturales sujetos a estudio (desde el lenguaje en sí, a los espectáculos, a los oficios, los mercados y ferias...).

Los esquemas y propuestas teóricas, y las referencias a la antropología cultural son un elemento de enorme interés en la obra de Castillo de Lucas. En las fechas en las que escribe sus libros, esta no tenía ni la divulgación, ni la aceptación general que hoy se le otorga como ciencia y como método. La primera edición de la *Antropologie Structurale* de C. Lévi-Strauss es de 1958, y sus importantes *Mitológicas* aparecen a partir de 1964. El es quien, innegablemente, sistematizó el estudio antropológico hasta colocarlo sobre sus dos grandes ejes (observación sincrónica y ampliación diacrónica), otorgando la prevalencia del significante sobre el significado en la fase metodológica. Su recurso al concepto de estructura, como un conjunto de mediaciones reguladas por una serie de dicotomías diferentes entre sí, y su remisión a la dicotomía esencial (la invariancia) entre naturaleza y cultura, llevaron la antropología a los hoy muy los conocidos resultados. Castillo de Lucas aplica ya con su método, esa relación estructural entre la sincronía y diacronía, y usa en la

ordenación de los materiales el criterio sincrónico y la relevancia del significante para llegar sólo en una segunda fase a la interpretación de los datos en relación a una diacronía. Naturalmente lo hace con otros términos; Suyas, sin embargo, podrían ser las palabras de Lévi-Strauss en su *Obertura I* a *Lo crudo y lo cocido* cuando afirma: «Aparte de que la ciencia de los mitos está en sus balbuceos, y debe darse por muy satisfecha con sólo que obtenga esbozos de resultados, desde ahora tenemos la certidumbre de que esta última etapa no será alcanzada jamás pues, aún suponiéndola teóricamente posible, no existe ni existirá nunca población o grupo de poblaciones cuyos mitos y etnografía sean objeto de conocimientos exhaustivos [...] por tratarse de una realidad móvil, perpetuamente presa de un pasado que la arruina, y de un porvenir que la cambia» (Lévy Strauss, 1968: 13).

Estas palabras dan nuevo sentido a la inmensidad de la obra paremiológica, y también a la gran extensión de la del Dr. Castillo de Lucas. La labor etnológica, es concebida por éste, parafraseando la cita anterior, como un trabajo sin término, un auténtico *work in progress*, cuya finalidad principal es ante todo ir fijando los materiales que conforman su *corpus*, en un acto de protección del patrimonio cultural que recurre a cualquier fuente. A pesar de que, como él mismo indica, los refranes tienen en general un origen erudito, es decir una matriz en textos culturales ya fijados, fundamentalmente de tipo literario («en la poca del pueblo andan los refranes, pero no nacieron de bocas vulgares», nos advierten ellos mismos), estos microtextos son rastreados en cualquier campo. Desde la literatura en sentido estricto (en la obra son constantes las referencias y citas de los autores y obras sobre todo clásicos, desde el ciclo épico, a Lope, Quevedo etc.), a los mitos de tradición oral, a las Escrituras, a la iconografía, al derecho. Esto lleva a la última consideración global sobre la obra del Dr. Castillo, es decir su valor como documento de la tradición y legado paremiológico español, y su aportación como ineludible *corpus* de referencia.

Pese a la generosa insistencia con la que el autor de forma constante en todos sus libros, advierte de la deuda de su obra con los estudios de Rodríguez Marín, hay que decir que habría que achacar más a la amistad entre ambos, que a la realidad, tal suposición de deudas. La obra de Castillo de Lucas, en efecto, amplía significativamente el repertorio paremiológico y sobre todo cubre, probablemente de forma exhaustiva, el área de lo relacionado con la medicina, desde la más amplia perspectiva posible.

Como ya se ha señalado, es la relación entre folclore y medicina, el campo en que la obra del Dr.Castillo se centra de forma especial, y el que ha dado origen a sus más importantes, conocidos, y hoy buscados libros. Entre ellos hay que recordar sin duda el *Refranes de Medicina o relacionados con ella por el pueblo*, de 1936, el *Refranerillo de la alimentación*, de 1940, el *Refranero Médico* del 42, y por fin su título imprescindible *Folkmedicina*, publicado en el 58 y por el que obtuvo el prestigioso premio Pitré.

Su relación con la medicina representa una especie de simbiosis con su propia vida. Licenciado en 1922, la lectura de su Tesis Doctoral en 1924 coincidió con el comienzo de la relación y amistad con Marañón y probablemente con el inicio de su interés por el folclore; entre 1922 y 1924 ejerce su profesión en la localidad de El Alamo; volverá a Madrid para ocupar la adjuntía a la cátedra de Hidrología médica, y para terminar ejerciendo su profesión como médico del Banco de España. Desde el comienzo de su carrera, en el breve período de estancia en El Alamo desarrolla ya estudios de tipo etnológico que le valdrán el premio Roël de la Real Academia de Medicina, de la que llegará a ser Académico Correspondiente.

De todos los libros, y entre los casi trescientos artículos dedicados al tema, es *Folkmedicina* el texto más completo, y en el que con mayor profusión de datos concretos y observaciones teóricas, se estudia la relación entre medicina y folclore. Su índice no admite comentarios, por la claridad, precisión y totalidad de temas recogidos. Me limitaré por lo tanto a recoger pocas ideas esenciales que a través de la lectura parecen constituirse como las auténticas conclusiones de una obra que siguió ampliándose a lo largo de la vida del autor. El Dr. Castillo de Lucas apunta ante todo que la relación entre medicina y folclore debe buscarse tanto en la vertiente espiritual como en la material. En ambos casos el hombre busca un remedio, consolatorio o eficaz, contra algún mal físico. Si al primer ámbito pertenecen los factores religiosos y mágicos, al segundo se adscriben los relacionados con lo que hoy llamaríamos el medio: alimenticios, agrícolas, climatológicos, etc.

Su comentario sobre los muchísimos refranes que cada uno de estos dos grupos genera, es muy evidente. Junto al firme rechazo de las prácticas para médicas (brujerías, hechizos, agüeros),

defiende en cambio la base realista de muchos de esos refranes, sea los relacionados con la religión, sea los relacionados con el medio. Los primeros (Castillo de Lucas, 1953) por su real utilidad en la aplicación, o al menos en la educación «Estimadas como utilísimas las 'paremias' [...] como forma eficaz, por lo breve y mnemotécnica, para hacer penetrar y perdurar en los entendimientos el oro acrisolado de útiles enseñanzas» (Castillo de Lucas, 1936: 18).

Por lo que se refiere a la terapéutica, los refranes sugieren al autor, y sin duda incide en ello su experiencia profesional, la importancia del estado anímico del enfermo para afrontar el mal. Así, dichos y sentencias que conllevan o una fe de tipo religioso en la especial propiedad de un santo, o una más laica, en la medicina o el médico en sí, representan en cualquier caso una postura psicológica positiva del enfermo. Su valor reside precisamente en eso, y no por nada el Dr. Castillo cita los estudios que, entonces iniciaban de hipnomedicina, y hoy se asume en todo su valor real la importancia de la forma de afrontar la enfermedad en la curación. Dicho con un muy conocido refrán «Quien canta, sus males espanta».

Por otra parte el talante científico que soporta su labor, lleva al Dr. Castillo a afirmar que la imparable y peculiar evolución de la medicina a través del tiempo, hace su proyección antropológica muy variable. Los progresos médicos, sobre todo en lo que atañe a la terapias, las modas y circunstancias que se han impuesto sobre la medicina erudita, han hecho evolucionar también la medicina popular, y quedar anticuados y sustituidos por otros muchos refranes y creencias. El Dr. Castillo afronta este problema guiándose por los conceptos de subestructura propuestos por P. Laín Entralgo (1954: 723), habla así de subestructuras progredientes respecto de esa evolución y ajuste de un nuevo refrán dentro de un sustrato arcaico, y de subestructura invariante respecto de lo que considera los únicos principios inmutables de la medicina, erudita o popular, es decir los deontológicos. Su invariabilidad es dada porque «se fundan en principios morales» y añade «en el refranero hay suficientes ejemplos para hacer un esquema de moral profesional, relacionando los deberes mutuos del médico con el enfermo, con sus compañeros y la sociedad» (Castillo de Lucas, 1958: 554).

Por último la obra del Dr. Castillo valora sin excepciones ni exclusiones el interés histórico cultural de todos los hechos folclórico-médicos. Este interés se fundamenta en tres cuestiones; citando sus propias palabras: «Los hechos culturales se suceden en el tiempo por la evolución de las ideas, por nuevas observaciones y experiencias; unas culturas se superponen a otras, y cada una deja un sedimento que influye en las siguientes; las épocas culturales no son cronologías exactas, tiene su área, con su superposición parcial, e influencia por aculturación y transculturación entre pueblos. El folklore médico participa de estas características, pues está constituido por restos culturales primitivos que sobreviven a través del tiempo y del espacio, por tradición» (Castillo de Lucas, 1958: 566). Estas últimas palabras suyas, parafraseadas, me sirven a mí para terminar esta comunicación: la obra de Dr. Castillo sobrevive también al tiempo y al espacio precisamente porque entronca con una tradición: su preservación del patrimonio folclórico español, la meticulosa y ordenada labor de recogida de un *corpus* refranerístico extraordinariamente amplio y completo, su sensibilidad respecto del valor antropológico y de la posibilidad científica de la paremiología como ciencia aplicada, su acertada investigación del ámbito que profesionalmente más conocía. Todos estos factores le transforman en una lectura obligatoria, innovadora y amena, a través de la cual acceder a una cultura ancestral que sigue perviviendo. Nada mejor para terminar pues, que utilizar un refrán especialmente adecuado a su labor y vida: «quien quiera ser doctor, sea estudiador».

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

CASTILLO DE LUCAS, A. (1936): *Refranes de Medicina o relacionas con ella por el pueblo.* Madrid: Yagües.

---- (1940): *Refranerillo de la Alimentación.* Madrid: Gráficas Reunidas.

---- (1953): *Folklore médico-religioso.* Madrid: Avis Aurea.

---- (1958): *Folkmedicina.* Madrid: Dossat.

LÉVY-STRAUSS, C. (1968): *Mitológicas: Lo cocido y lo crudo.* México: Fondo de Cultura Económica.

LAÍN ENTRALGO, P. (1954): *Historia de la Medicina.* Madrid.